

Sofía Güell entra en su apartamento de techos altos y muebles de lujo tras haber dado un paseo por su amada Gran Vía, con un paraguas que gotea y embozada en su elegante y largo abrigo de piel. Sofía Güell no es de las que se conforman con poca cosa, es exigente y siempre quiere lo mejor, que todo esté perfecto e impoluto a la vista. El problema es ese, a primera vista es admirable, pero según avanzamos hacia su interior todo es distinto.

Nada más entrar por la puerta cuelga el abrigo y marcha con su bolso hacia el sofá orejero que descansa junto a la ventana sin fijarse en nada más. Su gesto es sombrío y en la habitación solo se oye el golpeteo de la lluvia fuera y sus tacones en el parqué. Se sienta con la agilidad y la elegancia de un gato bien criado, pese a que los años y la vida han pasado rigurosamente por sus huesos. Se coloca con la espalda perfectamente recta sin que su blusa o sus pantalones se arruguen lo más mínimo al cruzar las piernas. Abre el mechero y la llama alumbrada danzante la habitación, iluminando por un instante su rostro. La luz se extingue al acabar de encender el cigarro y mirando por la ventana Sofía se pierde en sus reflexiones.

Sofía piensa en el tiempo, que poco a poco se acerca y le pisa los talones; la persigue y la acosa, arrojándole su gélido aliento en la nuca. Cada vez que se mira al espejo no se reconoce, ve a una vieja que esconde tras esos ojos negros un alma caduca con pulmones a juego. No sabe qué rescatar de su vida a no ser alguna película de su época dorada, eso es lo que no para de pensar desde hace algún tiempo, cuál será su epitafio; no ha sido ni amada esposa, ni madre ejemplar, ni queridísima compañera, ni ha dejado nada que merezca la pena a la posteridad, tan solo dramas lacrimógenos y alguna comedia mala que al pasarse de moda pasaron al olvido, igual que ella.

Cree recordar que fue feliz, al menos durante su juventud, al menos mientras la fama y la belleza eran sus aliadas. Claro que fue feliz, y no solo aparentemente, lo que hacía le llenaba. Siempre quiso ser el centro de atención y lo fue, se sentía constantemente arropada y querida. Había trepado desde un agujero a la cima de una montaña que tenía su nombre en letras de neón. La fama, la fortuna, la belleza,... todo eso había hecho que Sofía Güell fuera dichosa. “El dinero no da la Felicidad” era una frase que para ella, si no era del todo incorrecta, sí le parecía imprecisa. El dinero, así como todo lo que conllevaba, sí la hizo feliz, fue una alegría muy intensa y la sensación era fantástica, pero efímera. El inconveniente está en que lo que nosotros llamamos “la Felicidad” no es intenso, no es brillante, no es obvio. Esta Felicidad no la da el dinero, está hecha para la gente con hijos, con trabajos sacrificados que les gustan, con compañeros de vida por los que la perderían, con un propósito superior en la vida; con las cosas que, tanto Sofía Güell como muchas personas de los ambientes que ella frecuentaba, nunca quisieron antaño ni tendrán nunca.

Ahora está en un piso enorme, tremendamente vacío. Siempre trató de llenarlo de vida y de lujos pero estos son tan fugaces como la mismísima belleza. Sumida en sus pensamientos se levanta al acabarse el cuarto cigarro para servirse una copa de vino, otra de las adicciones que deberían matarla, pero no lo hacen.

Parece que era ayer cuando cruzaba cada día aquella sala con un hombre distinto, con joyas que relucían como el propio sol y a las cuales solo eclipsaba su resplandeciente belleza. “Qué ironía ¿verdad querida?”, se pregunta tristemente en la densa oscuridad. Los carteles enmarcados y los premios rutilantes dominan la pared, impolutos, silenciosos, distantes. Y no solo es la soledad lo que la vuelve loca, lo que de verdad le duele es que tuvo la oportunidad de cambiar aquello y no quiso, no quiso; fue demasiado orgullosa, demasiado diva, demasiado vanidosa, exigente, estúpida, ciega. Fue cobarde para alcanzar la Felicidad.

Cada vez que fuma mientras bebe vino tinto le viene a la mente aquella escena de una de sus múltiples películas, aquella escena en la que su personaje se encendía un cigarro justo antes de suicidarse. La muerte, desde que cayó de su montaña de gloria, es algo sugestivo para ella, pero no se atreve a irse por su propio pie. Bebe mucho, fuma en todo momento, se arriesga constantemente, pero la vida no quiere soltarla, aún le tiene guardada alguna sorpresa final.

Se tambalea ebria, perdida ya la elegancia a por otra caja de cigarrillos a su habitación. Sobre la cómoda ve enmarcado el artículo que ya se sabe de memoria y lo vuelve a leer.

*“Sofía es única, una estrella, ardiente y elegante. En esta última película demuestra que su carrera aún no ha acabado, está a punto de comenzar.”*

*Daniel Freeman. New York Times.*

Y así hubiera sido si esa crítica nunca hubiera existido, porque a los pocos días aquel periodista estaba en la puerta de Sofía. Un americano guapo y con talento apareció en la vida de la joven actriz para una entrevista y surgió el romance. Al principio fue un coqueteo más, como tantos otros que habían inundado su vida, pero según pasaban las semanas y Sofía no se cansaba de aquel hombre, empezó a darse cuenta de algo que no quiso reconocerse hasta que fue tarde, se había enamorado. Los siguientes meses fueron como si se hubiera metido en alguna de sus películas, y encandilada como estaba, interpretó como nunca lo había hecho. Sin embargo, como en todo buen guión debe haber alguna dificultad. Daniel fue brutalmente criticado en la redacción del periódico por sus últimos artículos poco realistas y en los que no había puesto el esfuerzo que le caracterizaba. Todo su prestigio fue reducido a cenizas. Entonces fue cuando, con el juicio nublado por la fama, dejó escapar su última oportunidad de ser feliz a largo plazo. Según el prestigio de Daniel fue cayendo, Sofía se auto convencía de que merecía más; de que ella, que lo tenía todo al alcance de su mano, no podía

conformarse con menos. Y él se fue, resignado y marchito de vuelta a una ciudad que le era hostil, porque se había arriesgado a amar a una persona que solo se quería a sí misma.

Cuando las personas como ella mueren jóvenes, la gente las llora pensando en todo lo que les habría quedado por delante, cuantas cosas podrían haber hecho. Pues bien para Sofía Güell aquel hubiera sido el destino ansiado. Una vez se había entregado por completo a una carrera efímera, aplastando cualquier cosa que la distrajera de su meta, tan solo hubiera sido necesario un accidente de coche o una conspiración misteriosa para que su biografía hubiese sido perfecta, una auténtica estrella. Pero no, se estaba pudriendo sola y amargada en el olvido.

Nadie recuerda ya su nombre, ni siquiera hoy, el día de su cumpleaños recibe más que un par de cartas del banco y de la productora. Octubre nunca ha sido un mes feliz para ella, pero últimamente es tremendamente deprimente. Apoyándose en las paredes va a la cocina a por algo de comer cuando se encuentra con un fastuoso ramo de lilas malva, el olor hace que a Sofía le brillen los ojos y que su corazón palpite más deprisa. Sobre la mesa hay un sobre con una nota.

*“Sofía:*

*Pese a que los años no pasan en balde mi memoria nunca ha diluido tu recuerdo. Tengo otra vida, pero sé que hay algo que anhelas y que deseas más que cualquier otra cosa en el mundo.*

*Disfruta de las lilas, nos vemos pronto.*

*Siempre tuyo.*

*Daniel.*

Tendida se halla ahora Sofía sobre el suelo, pálida, sin luz; con el cigarro en una mano y la otra sobre el pecho permitiendo que el vino se derrame por el suave tejido de su blusa hasta el suelo dejando a su paso un intenso color bermellón. Sofía Güell acabó como deseaba, con esa teatralidad que complace a las antaño estrellas de cine en blanco y negro, a las almas que aman la belleza y el detalle. Su rostro ahora está tranquilo, sonriente. La vida al fin la ha dejado marchar con un último resuello fragante.